



Apuntes para historizar la eugenesia desde una perspectiva crítica

Notes to historicize Eugenics from a critical perspective

Gustavo Vallejo

Universidad Nacional de La Plata / CONICET,
 Argentina
 gvallejo@med.unlp.edu.ar

Resumen: La eugenesia, “ciencia de la buena raza” al decir de su creador, Francis Galton, ha sido un constructo teórico de vastas implicancias en el mundo occidental que puso en correspondencia la valoración del cuerpo individual y el cuerpo social. Su perspectiva organicista sujeta a la consideración de las consecuencias que la reproducción traía aparejadas atravesó, desde un principio la cultura política, la cultura científica y la religión. Pensar históricamente el impacto de la eugenesia conlleva, entonces, la tarea de detenerse en sus esferas de interacción para reconocer aquello que incomoda a tradicionales caracterizaciones. En este sentido, sacándola del confinamiento en un espacio y tiempo determinado, de una ensimismada forma de entenderla y/o de las lábiles adaptaciones a conveniencias interpretativas, buscaremos aquí plantear algunas ideas para un abordaje crítico de la eugenesia.

Palabras clave: Eugenesia, Historiografía, Galton, Cortázar.

Abstract: Eugenics, the "science of the good race" according to its creator, Francis Galton, has been a theoretical construct with vast implications in the Western world that put in correspondence the valuation of the individual body and the social body. His organicist perspective subjected to the consideration of the consequences that reproduction brought with it crossed, from the beginning, political culture, scientific culture, and religion. Thinking historically about the impact of eugenics entails, then, the task of stopping at its spheres of interaction to recognize what bothers traditional characterizations. In this sense, taking it out of the confinement in a determined space and time, from a self-absorbed way of understanding it and/or from the labile adaptations to interpretative conveniences, we will seek here to present some ideas for a critical approach to Eugenics.

Keywords: Eugenics, Historiography, Galton, Cortázar.

Recepción: 1 de mayo de 2023

Aprobación: 11 de mayo de 2023

Publicación: 1 de julio de 2023

Cita sugerida: Vallejo, G. (2023). Apuntes para historizar la eugenesia desde una perspectiva crítica. *Perspectivas de Investigación en Educación Física*, 2(3), e021. <https://doi.org/10.24215/29534372e021>

La eugenesia explicada por Cortázar

En¹ 1962 apareció *Historias de cronopios y de famas*, una obra fantástica compuesta por microrrelatos atravesados, a la vez, por el surrealismo y un subyacente anclaje social. En efecto, los desenfrenados ejercicios de la imaginación propuestos por su autor, Julio Cortázar, no impiden reconocer algo que desde el mismo título marca la existencia de una sociedad binaria, en la que los grupos que la conforman, invitan

¹ Trabajo realizado en el marco de los proyectos Ciencia, racismo y colonialismo visual-PID2020-112730GB-I00 (Ministerio de Ciencia e Innovación de España-Agencia Estatal de Investigación) y Una genealogía de las biopolíticas eugénicas en la Argentina (1880-1980)-PIP 11220200100407CO (CONICET, Argentina).



a pensar en sus respectivas clases de pertenencia. Los famas son presentados como individuos que sobreponen el interés personal en sus decisiones, prevaleciendo en ellos el afán por obtener ventajas en cualquier tipo de interacción que emprendieran, como puede pensarse que lo hace la clase alta y la burguesía argentina. En cambio, los cronopios, poseían un aspecto más humano y una vocación por vivir al margen de las cosas dadas. Cortázar expresaría luego que entendía esos contrastes desde tareas que podían ser representativas de unos y otros: en el cronopio veía “la conducta asocial del poeta”, mientras que tras los famas imaginaba a los grandes gerentes de bancos, en definitiva, “gente formal que defiende un orden” (Cortázar, 1977).

El libro se compone de una larga serie de microrrelatos, entre los cuales se encuentra el que lleva por título “Eugenesia”.

Pasa que los cronopios no quieren tener hijos, porque lo primero que hace un cronopio recién nacido es insultar groseramente a su padre, en quien oscuramente ve la acumulación de desdichas que un día serán las suyas.

Dadas estas razones, los cronopios acuden a los famas para que fecunden a sus mujeres, cosa que los famas están siempre dispuestos a hacer por tratarse de seres libidinosos. Creen además que en esta forma irán minando la superioridad de los cronopios, pero se equivocan torpemente pues los cronopios educan a sus hijos a su manera, y en pocas semanas les quitan toda semejanza con los famas (Cortázar, 2008, p. 153).

El extravagante relato permite reflexionar sobre factores pervivientes de la eugenesia, cuando el propio término que los sistematizaba ya había caído en descrédito en buena parte del mundo occidental.

Sin embargo, con la restitución del término para aludir a esa partición binaria de la sociedad, Cortázar invitaba a reabrir el debate en torno a algo que se suponía había dejado de existir y la literatura fantástica venía a poner en duda que eso, efectivamente, hubiera sucedido. Foucault habló de “mutaciones epistémicas”, algo que Murillo reinterpretó para analizar tras esa noción los usos que siguió teniendo la eugenesia, aun cuando dejara de utilizarse esa palabra, en correspondencia con la emergencia del neoliberalismo como proyecto civilizatorio que canalizó sus propósitos (Murillo, 2022). Cortázar avanzaba entonces en unir lo que había pasado a quedar dissociado, aquello que si lo pensamos desde Foucault, implicaba integrar *la palabra y las cosas* connotadas por ella.

El breve relato de Cortázar nos describe la eugenesia a través de la existencia de grupos homogéneos que se oponen radicalmente entre sí, y del afán por trasladar la primacía que uno pretende ejercer sobre el otro al plano demográfico para obtener una mayor reproducción biológica y/o cultural. Desde estas básicas ideas, podemos trazar problemas de muy larga duración y también repasar los rasgos que emergieron en la propia definición como ciencia que le dio a la eugenesia Francis Galton en la Inglaterra victoriana.

La definición de una disciplina científica

Eugenesia, del griego *eu*, bueno, *genes*, origen, es el neologismo creado en 1883, en la Inglaterra victoriana, por Francis Galton, científico proveniente de una aristocrática familia en la que ya descollaba su primo, Charles Darwin.

En sus trabajos publicados entre 1865 y 1869, Galton había definido una línea a ser seguida con la instigante idea fuerza que se deducía de los títulos: *La herencia del talento y el carácter*, y *La herencia del genio*. Sus investigaciones así se orientaron a reconstruir el árbol genealógico de las grandes personalidades, para fundamentar su hipótesis de que las grandes cualidades se transmitían de generación en generación. Y, de la misma manera, buscó demostrar que podía hallarse la contraparte consistente en los criminales que serían, sin más, el resultado de sucesivas generaciones de individuos dedicados a cometer delitos en la sociedad.

Sobre esa base, estableció principios estadísticos dirigidos a detectar las capacidades, de donde estableció una distinción binaria entre los integrantes de la sociedad. No eran los cronopios y los famas, pero sí grupos homogéneos, cuyas características podían emparentarse a las descritas por Cortázar en su obra. Sólo que en Galton primaba un utilitarismo a ultranza que le instaba a atribuir valores y disvalores de un modo antitético al planteado casi un siglo después por el escritor argentino. Para Galton, la sociedad estaba compuesta por *fit*, aptos, o *unfit*, ineptos. Los primeros eran funcionarios de gobierno, banqueros, figuras importantes en la consolidación de un orden político y económico. Mientras que los segundos eran aquellos de los que nada podía esperarse en torno a su acceso al mundo de los primeros. Esta básica antinomia lo llevó a buscar la única alternativa que evitaría caer en una tragedia, como la que preveía que habría de sobrevenir, si los ineptos se reproducían más que los aptos.

Así, entonces, sumó su certeza sobre el rol preeminente de la herencia a un plan futuro consistente en intervenir en una reproducción diferencial entre los dos grupos identificados en la sociedad. En esa simple propuesta se sustentaba la ciencia a la que denominó eugenesia, para calificar la búsqueda de seres “dotados hereditariamente de nobles cualidades”, que fuera “aplicable al hombre, las bestias y las plantas”. Era también “la ciencia de la mejora de la materia prima” (Galton, 1988, p. 104).

Galton así daba un marco científico a ideas que podrían remontarse a los orígenes de la cultura occidental, si pensamos en fragmentos de la *República* de Platón, o en las referencias a prácticas llevadas a cabo en Esparta (Vallejo, 2022, pp. 241-243), antecedentes que el propio científico inglés dio cuenta de conocer y valorar en profundidad.

En cualquier caso, se trataba de una reformulación moderna elaborada al calor de los debates incesantes generados por la teoría de la evolución y el “principio de la escasez” subyacente a la teoría de la población de Robert Malthus. Siendo la selección natural el mecanismo por el cual se establecía la lucha por la vida para acceder a bienes finitos, de donde devenía la consecuente supervivencia de los más aptos,

Galton veía algunos inconvenientes en su aplicación taxativa en el mundo social. La selección natural era una barrera eficaz para impedir la progresión de los menos aptos, pero sólo a condición de que la intervención del hombre no moderara sus efectos. Vale decir, esa selección se desdibujaba, desde la mirada eugénica, con los avances de la medicina, la asistencia social, la caridad y el altruismo, que traían como consecuencia indeseada un freno a la labor que realizaba la Naturaleza desechando a los seres considerados “inferiores”.

La eugenesia entonces debía completar aquel proceso que se veía truncado cuando el asistencialismo y la atención médica igualitaria interferían en la selección natural, haciendo necesario llevar a cabo otro tipo de selección. No era propugnando el darwinismo, o cuanto menos aplicando a rajatabla principios que tenían el azar del resultado como precepto básico que se lograría mejorar el promedio de la población.

Otra cuestión importante que aparece en Galton era la certeza de poder alcanzar, a través de la ciencia, el conocimiento necesario para anticiparse a lo que la Naturaleza decidiría. Él llegó al convencimiento de que su experticia permitiría evitar los costos económicos y sociales de dejar que se lleve a cabo la lucha darwiniana, si es que, como creía, podía determinar de antemano quiénes iban a ganar y perder en esa lucha.

Eugenesia significaba ni más ni menos que anticiparse a la intervención de la Naturaleza, bajo una lógica que encerraba una tautológica legitimación de las decisiones adoptadas. Porque el argumento naturalista enmascaraba la valoración de lo que era porque el eugenista sabía que la Naturaleza quería que así fuera.

De esta manera podía la eugenesia plantear su propósito de intervenir para eliminar constituciones débiles e instintos innobles y despreciables, porque hacerlo conllevaba a que fueran premiados los seres fuertes y exitosos en la sociedad. Galton pensó que estas ideas podían ser llevadas a cabo por medio de una acción estatal que estableciera estímulos a los matrimonios entre varones y mujeres aptas, e impedimentos para evitar que llegaran a esa instancia quienes no pudieran acreditar las mismas condiciones. Sin embargo, la propia dinámica de la nueva ciencia fue más allá de la instrumentación ideada por su creador y originó propuestas como la que ya en 1907 se puso en vigencia en el Estado de Indiana, Estados Unidos, con la implementación de la esterilización eugénica de los incapaces.

Aquí quedó planteada, entre los seguidores de Galton de comienzos del siglo XX, una básica distinción entre una eugenesia positiva y otra negativa, según el grado de intervención ejercida sobre los cuerpos. La forma de selección artificial adquiriría una instrumentación diferenciada, bajo un mismo fundamento, que implicaba también tiempos distintos en cuanto a los resultados esperados. En el caso de la eugenesia negativa, que nunca promovió Galton, las esterilizaciones proporcionaban una solución drástica e inmediata, mientras que para la eugenesia positiva, los tiempos era más extensos en la búsqueda de una prole mayor en los mejores procreadores.

Reinterpretaciones historiográficas

Con el tiempo, la eugenesia fue despertando distintos tipos de aproximaciones, donde entender su viscosidad (Miranda, 2013) o maleabilidad (Stern, 2010), fue menos habitual que encubrir la incomodidad generada al pretender abordar sus alcances sin desligarse de categorías analíticas preestablecidas.

Esa incomodidad era el producto de la necesidad de asumir su inherente vínculo con la cultura científica, la cultura política y la religión, a la que se añadía una cuestión cronológica, ligada a advertir su presencia más allá de la trágica experiencia del nazismo.

La reacción básica fue una negación, que progresivamente buscó ser organizada a través de algunas estrategias argumentativas con cierto grado de suceso en el propósito perseguido. Pero antes de entrar a desarrollar estos planteos, digamos que el punto de partida para negar la existencia de la eugenesia más allá del Tercer Reich, o si hubiera existido considerarla “menos eugénica”, si cabe la expresión, tuvo entre los distintos componentes que podrían hallarse uno de corte ideológico, basado en separar tajantemente todo lo malo que hubiera en ella de las esferas en las que intervino y a las que se pretendía custodiar, como decía Cortázar que hacían los famas defendiendo el orden establecido. En el campo científico, la eugenesia llegó a considerarse una anomalía de la ciencia, originada a partir de propósitos absolutamente ajenos a ella. En el campo político, el liberalismo fue visto como un límite a los abusos de poder, moderando los extremos a través de una suerte de homeostasis política tendiente a volver inviable el autoritarismo y también la eugenesia. Y en el plano religioso, se le ha asignó a la Iglesia Católica una postura de inequívoco rechazo a la eugenesia, que habría resultado fundamental para impedir su desarrollo en países de ascendencia latina.

Ese énfasis puesto en disociar a la eugenesia de lo científico, lo político y lo religioso, equivalió a operar -en el estricto sentido clínico del término, entendido como extirpar-, para separarla de una valoración positiva asignada en términos absolutos a la ciencia, a la tradición liberal y a la tradición católica en países como la Argentina.

Sin embargo, distintas evidencias históricas nos han permitido abordar la eugenesia de otro modo, para advertir aspectos del impacto que tuvo en nuestra región, donde emerge muy nítidamente la imbricación con aquello que, *a priori*, se le atribuyó una función refractaria. Vale decir, la eugenesia fue una expresión genuina del campo científico del que emergió, no un desvío irregular en su decurso, donde con enorme visibilidad éste la proveyó de reconocimiento académico en congresos internacionales, en sociedades con prestigio y en disciplinas que la incorporaron de diversa manera en sus planes de estudios para la formación superior. La tradición liberal no fue ese límite infranqueable a los autoritarismos, y no hace falta ahondar demasiado en el perfil ideológico de las dictaduras de la segunda posguerra para recordar cuáles eran los principios invocados en cada golpe militar. Y esto que decimos también cabe señalarlo para la tradición católica, que en esas circunstancias tuvo, a través de sus más altas jerarquías, un papel público destacado donde poner límites al ejercicio de la coerción fue un acto menos frecuente que el

de exacerbarlo. De manera que, si cuando hablamos de las particularidades que han tenido el liberalismo y la Iglesia Católica en nuestra región no podemos dejar de lado su rol activo en distintas dictaduras, suponer que su sólo existencia operara para morigerar los efectos coercitivos de la eugenesia y volverla “buena”, resulta ser un planteo bastante curioso, donde la incomodidad parece deslizarse ya a los umbrales de una lisa y llana tergiversación.

Ahora bien, para introducirnos en el modo en que la incomodidad derivó en una perspectiva de abordaje del tema, vale la pena retrotraerse a la década de 1990 para identificar allí la aparición de un renovado interés historiográfico por la eugenesia.

En los abordajes originados podían establecerse dos maneras básicas de aproximarse a ese objeto de estudio. Por un lado tratándolo en forma crítica y autónoma, y por otro reconociendo allí materiales que podían ser resignificados positivamente para enlazarlos con el presente. Vale decir, existía un genuino interés histórico, pero también el anhelo de validar un arrollador cambio de época que instaba a tematizar la tradición ideológica que había originado a la eugenesia, enmarcada en el hiperindividualismo de la sociedad victoriana inglesa.

En 1994 apareció en los Estados Unidos *The Bell Curve*, un texto de enorme difusión internacional que, tras su aparente novedad científica, solo contenía viejas recetas del determinismo biológico basadas en tradicionales argumentos eugénicos de selección de capacidades por medio del uso de test de inteligencia. Allí eran explícitamente retomados estudios con los que Galton buscó demostrar que existían pocos individuos que superaban la mediocridad general. Las distintas formas de medición de la inteligencia, reaparecían entonces para sustentar un argumento que en esencia no difería del sentido con el que el primo de Darwin desde 1869, desarrolló distintos tipos de análisis estadísticos para comprobar que las personas más destacadas provenían del mismo ambiente ligado al mundo social y científico de la época (Herrnstein y Murray, 1994)

La publicación de *The Bell Curve* motivó una refutación de Stephen Jay Gould que fue incluida en una reedición de *La falsa medida del hombre*, texto emblemático de la crítica al determinismo biológico publicado en 1981. Trece años después Gould destacaba que el suceso del libro al que salía a cuestionar no obedecía a algún aporte nuevo formulado sino a una coyuntura política que exigía la “justificación con qué reafirmar las desigualdades como dictados de la biología” (Gould, 2004, pp. 23-24). El avance del neoliberalismo con su interminable estela de exclusiones tenía, como otra cara de la misma moneda, a la supuesta fundamentación científica de las diferentes capacidades a las que un naturalismo meritocrático venía a colocar en su justo lugar. Así, volvía a reposar en la Naturaleza la decisión de que perecieran individuos que no podrían bastarse por sí solos para sobrevivir en la “lucha por la vida” y, en consecuencia, le reportarían injustificados gastos al Estado, como ya lo había advertido Galton al enunciar que la eugenesia vendría a terminar con ese mal. La meritocracia en los años '90 era una vía de ingreso a teorías que volvían a pensar en la validez de la eugenesia.

Asimismo, el libro de Nancy Stepan, *"The our of eugenics"* (1991), generaba por entonces importantes repercusiones, especialmente en Latinoamérica. La obra tuvo el gran mérito de establecer una primera caracterización regional de la eugenesia, aportando una información que aún no había analizada correlativamente en tres grandes espacios temáticos como eran los conformados por México, Brasil y Argentina. Ahora bien, las más ricas aportaciones residentes en los criterios autónomos con los que Stepan abordó experiencia histórica de la eugenesia en Latinoamérica durante el período de entreguerras, fueron drásticamente aplanadas por la forma en que ese texto fue utilizado en la Argentina. La ausencia de una traducción al español dificultó una más atenta comprensión del espíritu de la obra y eso favoreció su reducción a ideas reforzadoras de una precisa orientación política.

En gran medida cumplió Eduardo Zimmermann la función de habilitar en la Argentina la interpretación de Stepan a través de la manera en la que él mismo integró la eugenesia a la tradición liberal. Partiendo de indagar un liberalismo de inicios del siglo XX al que le atribuía la condición de "reformista", con una fuerte carga valorativa de carácter "positivo", ubicaba allí a la eugenesia, aunque sujeta a una peculiar interpretación con la que evitaba que su presencia fuera a alterar el criterio general establecido, dentro de un texto que recogió su tesis presentada en Oxford y distintos avances aparecidos como artículos científicos (Zimmermann, 1995).

Así, entonces, utilizó del libro de Stepan un esquema adaptado a sus necesidades, que eran las de fundamentar las cualidades de una tradición ideológica que, en la década de 1990, buscaron ser apuntaladas por un liberalismo de la primera parte del siglo XX. Para que la eugenesia se integrara a esta visión, Zimmermann exaltó las oposiciones que Stepan planteó entre la eugenesia positiva y la negativa, donde esa distinción también establecía la primacía de la primera en Latinoamérica y de la segunda en el mundo anglosajón, siendo señalada en la Iglesia Católica un factor importante a la hora de condicionar el tipo de eugenesia desarrollada principalmente en nuestra región. La adscripción a una eugenesia pensada en clave neolamarckiana se oponía a la que en otras latitudes era regida por un marcado geneticismo, completando con ello la dicotomía entre ambiente y herencia.

Pero el énfasis de Zimmermann estaba en hacer de aquella oposición básica que Stepan retomaba de los primeros eugenistas, entre eugenesia positiva y negativa, un motivo para connotar valorativamente a esos términos, de donde derivaba una interpretación por la que, sin más, la eugenesia positiva era sinónimo de buena y la negativa de mala. Con ese simplismo explicaba que:

el hecho de haber prevalecido una concepción neolamarckiana de la herencia, con su énfasis en la transmisión de las características adquiridas, facilitó la fusión de los términos frecuentemente yuxtapuestos de herencia y ambiente, fusión que en términos de políticas sociales significó una combinación de reformas que apuntaran al mejoramiento y control de ambos términos. El reconocimiento que el neolamarckianismo hacía de los factores ambientales en el proceso hereditario encajaba perfectamente con el optimismo que los reformadores latinoamericanos tenían respecto al mejoramiento de las condiciones sociales y

de las técnicas sanitarias como instrumento de perfeccionamiento racial: si la raza degeneraba como consecuencia de un ambiente poblado de venenos raciales, tales como el alcohol, las enfermedades venéreas y las condiciones insalubres de trabajo, las reformas sociales que apuntaban a poner fin a esos factores degenerativos adquirirían una importancia suprema (Zimmermann, 1995, pp. 110-111).

Y aun con esta básica justificación de la presencia de una eugenesia “buena” en la tradición liberal argentina, Zimmermann se vio compelido a añadir una aclaración más, para el caso en que aquel argumento no fuera suficientemente persuasivo. Agregaba entonces que, igualmente, “las propuestas eugenésicas nunca trascendieron el ámbito puramente académico (1995, p. 113).

Esta perspectiva condicionó decisivamente la recepción del texto de Stepan y, en adelante, se produjo una natural apropiación de los argumentos del investigador argentino que fueron insistentemente atribuidos a la investigadora norteamericana. En este habitual procedimiento de invocar a Stepan para sustentar las ideas de Zimmermann existía, por un lado, la adhesión consciente de ese procedimiento por una afinidad ideológica, pero por otro lado, subyacía también un plano de confianza en que la inexistente traducción fuera adecuadamente suplida por las explicaciones ofrecidas por su introductor en el medio local.

Sea por una cuestión o por la otra, el enfoque de Zimmerman tuvo una extendida reproducción, influyendo en quienes insistieron en caracterizar en términos absolutos a la eugenesia argentina como “positiva, medioambientalista y educativa”. A esa conclusión llegó Armus, en un balance historiográfico en el que remarcaba que en la Argentina, “a partir de los años ’30, la eugenesia negativa se recortaría con renovada fuerza, más entre criminólogos que entre médicos e higienistas, pero sin lograr desplazar el lugar central que tenía y siguió teniendo la eugenesia positiva” (2016, p. 152).

Con ello se acentuó una mirada historiográfica que, básicamente, vio a la eugenesia como sinónimo del higienismo, debido a que, desde esta perspectiva, fue gracias al benéfico papel ejercido por la tradición liberal y la Iglesia Católica en la sociedad que sólo pudo prosperar la ciencia de Galton a través de un formato que nunca tuvo nada de cuestionable en su instrumentación. Pero aun así, si esta explicación no era suficiente para despejar lo malo de la eugenesia de lo bueno que existía en la cultura política previa al desenlace de la Segunda Guerra Mundial, se agregaba una frase concluyente: la eugenesia “fue, sin duda, una idea de época” (Armus, 2016, p. 150).

En tren de avanzar con estos criterios fue agudizándose el maniqueísmo de una oposición antitética entre las eugenesias: positiva y negativa; preventiva y selectiva; blanda y dura; optimista y pesimista; mendeliana y neolamarckiana. En definitiva, la eugenesia era buena ó mala; siendo los primeros términos de estos antagonismos los que, según esta mirada, caracterizarían a la eugenesia argentina, cuyas valoraciones positivas buscaban hablar, antes que de ella misma, del contexto en el que se desarrolló antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Tras esta caracterización subyacía la paradójica intención de hablar de eugenesia, desligando esa noción de su propia esencia que fue gestionar la conflictividad social

de una manera beneficiosa para los sectores más acomodados de la sociedad, los cuales podían sentirse respaldados por estrategias que limitaran la reproducción de los sectores que se le oponían en la escala social. En definitiva, esa paradoja consistía en evitar ver en la eugenesia aquello que le dio sentido a su emergencia y fue una manera de ejercer el poder en la sociedad incidiendo sobre los cuerpos y las poblaciones con un plan futuro basado en exclusiones y jerarquizaciones.

Allí aparecía la esterilización como el ejemplo de aquello que por no haber sucedido en nuestro país demostraba que la eugenesia, aquí aplicada, sólo podía ser considerada “buena”, o poco relacionada con la verdadera eugenesia y en tal caso, poco relevante. Sin embargo, como vimos, el propio Galton nunca incluyó en su ciencia a la esterilización, con lo cual en el rechazo a esa práctica también podría ser identificada una mayor afinidad con los mismos fundamentos que le dieron origen a la eugenesia en el mundo anglosajón.

Aun con la aparición de un gran aporte a los estudios globales de la eugenesia (Bashford y Levine, 2010), en la muy limitada consideración que allí se le dio a lo sucedido en Latinoamérica, parecía prolongarse la mirada tradicional que desligó a esta región del desarrollo internacional del movimiento. Después de textos que dirigimos junto a Miranda, los trabajos de Turda y Gillete (2014) y de Reggiani (2019) tendieron a trascender en parte esas limitaciones, abordando la eugenesia desarrollada en la primera mitad del siglo XX en países de ascendencia latina, en un caso, y en la órbita latinoamericana, en el otro.

La crítica de la eugenesia en su tiempo

Suponer que la eugenesia fue un pensamiento de época, más allá del cual no habría existido conciencia de los resultados trágicos que podría traer aparejada su implementación, entraña una forma de limitar y condicionar el conocimiento de los más diversos matices que subyacen al impacto de ideas y prácticas. Cabe advertir que la eugenesia, ciertamente, tuvo muchos adherentes, pero también tuvo voces críticas que dan cuenta de la posibilidad de oponerse a lo que fue un *corpus* científico e ideológico de enorme trascendencia en la primera mitad del siglo XX. Con un somero repaso de algunas de esas voces podemos internarnos en la ambigua valoración de la eugenesia desde el momento mismo en que emerge como una tecnología del poder capaz de retroalimentar la relación de conveniencia entre ciencia y política.

En 1911 murió Galton y un año después, en su homenaje se celebró en Londres el primer Congreso internacional de eugenesia, a instancias de Leonard Darwin, hijo de Charles. El evento alcanzó un enorme suceso, constituyéndose en el medio por el cual la disciplina creada por Galton pasaba a tener una dimensión mundial. Y dentro de esa verdadera *mise en scène* de la eugenesia, también hubo un lugar para su crítica. Girón ha estudiado el rol que tuvo Kropotkin en la reinterpretación del darwinismo y se ha detenido en señalar el papel que cumplió en aquel Congreso de 1912. En su intervención cuestionó el fundamento de la disciplina que lo convocaba, atacando el intento de avanzar con la esterilización de los

pobres. Se preguntaba entonces quiénes eran aquellos indeseables que generaban un mayor problema en la sociedad. Esto es ¿a quiénes se quería esterilizar?:

¿A los trabajadores o a los indolentes? ¿A las mujeres de las clases trabajadoras que amamantan a sus hijos o a las mujeres de las clases superiores que al negarse a hacerlo muestran su ineptitud para la maternidad? ¿Aquellos que producen degenerados en los barrios degradados o aquellos que lo hacen en los palacios? (Girón, 2010, pp. 125-126).

En definitiva, si excluir a los incapaces era la solución, Kropotkin les señalaba a los eugenistas que no era en los pobres donde principalmente debían buscar ese universo, salvo que lo pretendido fuera otra cosa. El planteo dejaba entrever que en verdad se trataba de esto último y que la ciencia de la mejora de la raza no era más que una excusa científica que los burgueses abrazaban para disciplinar a los sectores populares.

La misma cultura política de la que emergía esta crítica sería también la que adoptaría luego la eugenesia, aunque para llevar a cabo prácticas bien diferenciadas. Adhiriendo al neomalthusianismo el anarquismo promovió el voluntario control de la natalidad, o también *Birth control*, y, como señala Jiménez Lucena, propugnó la idea del “buen vivir” en oposición a la sostenida por la eugenesia impulsando “el buen nacer”. Sin embargo, el anarquismo terminó apelando al uso del término eugenesia, aunque en verdad lo hizo estratégicamente para sortear las persecuciones de las que era objeto y seguir sosteniendo por algunos años su prédica neomalthusiana (Jiménez Lucena, 2021).

Un hito en el devenir histórico de la eugenesia puede situarse en 1927, cuando se produjo el desenlace del *leading case* conocido como Buck vs Bell. El mismo se inició con la demanda de la joven Carrie Buck por haber sido esterilizada sin su consentimiento, la cual, tras ser desechada por el juez de Virginia John Bell, llegó a la Corte Suprema de los Estados Unidos, donde su fallo fundado en la certeza de que la esterilización de inferiores era una práctica deseable para la sociedad sentó jurisprudencia en la materia. Uno de los miembros de la Corte, Oliver Wendell Holmes redactó la sentencia que incluyó un lamentable apotegma: “tres generaciones de imbéciles son suficientes”. Con ello aludía a Buck que había sido recluida en la colonia de Lynchburg por haber engendrado una niña producto de una violación y atribuírsele que junto a su madre que la había abandonado y también fue internada, constituían dos generaciones de débiles mentales. La tercera generación, la aportó el bebé del que se dijo que tenía “una extraña mirada” (Lombardo, 2008). El fallo operó como un disparador de la cuestión eugénica en los Estados Unidos, y en poco tiempo la mayor parte de sus Estados replicaron la legislación de Indiana para introducir la esterilización de indeseables dentro de sus acciones de gobierno.

En la Argentina surgió una respuesta a estos episodios a través de una obra de teatro escrita por el español José Gabriel, que en tono satírico buscó ridiculizar la eugenesia, exponiendo la endeblez y los peligros que residían en sus fundamentos. Llamada *Farsa Eugenesia*, la obra exponía las miserias de un destacado médico argentino que conducía el organismo internacional encargado de promover las ideas de Galton y a través del personaje se exponía la hipocresía de un saber que llevaba al extremo lo peor que

había originado el positivismo en la ciencia. No había allí una distinción entre eugenesia positiva y negativa, porque lo que se cuestionaba eran los fundamentos que trascendían a la instrumentación particular de ese saber (Vallejo, 2021, pp. 169-198).

Quien sí se encargó de distinguir las instrumentaciones de la eugenesia fue la Iglesia Católica. Ya en 1924, el sacerdote italiano Agostino Gemelli explicó los vínculos que unían a la eugenesia y la religión, sosteniendo que “el catolicismo es, en efecto, también una doctrina eugénica”. La Iglesia era un complemento imprescindible de “la norma eugénica” para tener “una aplicación más eficaz en su integración con la moral católica” (Vallejo y Miranda, 2014, pp. 334-335). Vale la pena recordar que Gemelli sería el principal enlace de la eugenesia con el Vaticano, ocupando un lugar destacado en la formulación que esa ciencia adquirió en Italia bajo el liderazgo de Nicola Pende y con la denominación de biotipología.

Luego, la Encíclica *Casti Connubii*, de diciembre de 1930, no hizo sino exaltar la postura antes esgrimida por Gemelli. Avaló a la eugenesia, mientras a la vez dejaba en claro su posición crítica con de intervenciones en los cuerpos llevadas a cabo mediante el control de la natalidad ejercido en forma coercitiva o voluntaria. Mientras la eugenesia no asumiera la forma de la esterilización y el *Birth Control*, seguiría siendo considerada parte de la doctrina católica.

Y, precisamente, esa condición de promotora de la eugenesia que tuvo la Iglesia Católica, favoreció la recepción argentina de la biotipología italiana a inicios de los años '30. Al consolidarse aquí una institución que prolongaba las ideas centrales que en Italia se articularon a través de la figura de Pende y de la biotipología que propugnó, proliferaron los exámenes dirigidos a detectar el justo lugar que cada individuo debía ocupar en el organismo social, atendiendo especialmente a la identificación de aquellos que serían buenos y malos reproductores. La instauración en la Argentina del Certificado Médico pre-nupcial obligatorio en los varones desde 1936 fue en ese mismo sentido.

Dentro de este marco, el médico rural Bartolomé Bosio, protagonizó encendidas discusiones con los eugenistas argentinos por el sentido que tenían las mediciones biotipológicas que llevaban a cabo. En un Congreso convocado en 1939 para exponer los beneficios que traería la biotipología al mundo del trabajo, detectando la función que cada uno debía cumplir en la sociedad, Bosio aportó su radical cuestionamiento.

A un feliz mortal, hijo de un rico ganadero o de un fuerte accionista de grandes empresas industriales, mineras, comerciales, ferroviarias, etc. ¿qué justo lugar le asignarían los biotipólogos? Tendrían que estudiar su personalidad orgánico-psíquica, primero, y después indicar el lugar que le corresponda. ¿Podrían estudiarlo así? ¿Se sometería el feliz mortal a esa investigación científica, con respecto a sus disposiciones o predisposiciones orgánico-psicológicas?... A esos hombres no les alcanzaría la ciencia de los biotipólogos. Es que no se someterían. Para eso cuentan con la libertad individual (...), seguirían siendo como son, y

ocupando el lugar que les señala su misma procedencia social (...). La ciencia de los biotipólogos no tiene entrada en ese sector social (...) La gente de trabajo sí (Miranda, 2009).

Por otras vías y casi tres décadas después de la intervención de Kropotkin en el primer Congreso de eugenesia, la periférica realidad argentina daba lugar a una reacción que volvía sobre aspectos que ya habían sido señalados en Londres. Bosio ahora destacaba el papel que tenían los sofisticados mecanismos de la ciencia para encubrir prejuicios de clase. Su cuestionamiento apuntaba a desentrañar cómo la eugenesia ponía sus instrumentos científicos al servicio de una tarea que no era otra que la de asegurar la posición alcanzada por los sectores más encumbrados y evitar que los trabajadores salieran de la posición que ocupaban en la escala social.

La reaparición de la eugenesia en nuestro siglo

En 2001, el filósofo alemán Jürgen Habermas publicó un texto dirigido a polemizar con las prácticas que originaron la reinvocación del término eugenesia. Los impresionantes avances de la era genómica, daban el marco para que una nueva generación de científicos volviera a familiarizarse con el uso de esa palabra, después del largo descrédito en el que había caído.

La crítica de Habermas contra la naturalización de prácticas que entrañaban el riesgo de una posible vulneración a la “autocomprensión ética de la especie” (2002), también ofrecía otros elementos interesantes para analizar. Desde el mismo título, había un claro propósito que buscaba remarcar al plantear entre signos de pregunta si estábamos yendo “¿hacia una eugenesia liberal?”. Había allí una voluntad de presentar a modo de oxímoron lo inefable, lo que nunca podría conciliarse, siendo justamente el hecho de que ese absurdo pudiera llegar a materializarse el objeto central de la crisis en ciernes que el alemán denunciaba.

La posible reaparición de los horrores del pasado por la sólo mención de la palabra eugenesia, contrastaba con lo que en cierto sentido común se afirmó como un límite inexpugnable para el despliegue de aquella noción, que como sustantivo o adjetivo quedaba connotado con el término liberal.

En este sentido, el influyente texto de Habermas exponía también una forma de considerar la eugenesia que conllevaba la deshistorización de una parte importante de su devenir. Vale decir, la eugenesia quedaba asociada a una evolución experimentada hasta alcanzar su lamentable y trágico momento experimentado en los albores y durante la Segunda Guerra Mundial, para luego dejar de existir merced al avance de la tendencia liberal.

Había allí otro tipo de negación a pensar la eugenesia por fuera de un espacio y un tiempo determinado que era la Alemania del Tercer Reich. No cabía verla antes porque, desde esta perspectiva, no habría habido conciencia de sus resultados. Y no cabría verla después de conocidas sus más horribles aplicaciones porque se suponía que, habiendo conciencia, no sería posible que siguiera existiendo.

Pero a pesar de todo, la palabra reapareció en este siglo y más allá de los debates acerca de sí, por la forma en la que se presentaba, podía ella ser considerada similar a la conocida en la primera mitad del siglo XX, nos detendremos en otra cuestión que subyace a la crítica de Habermas. Y es la tensión planteada entre la eugenesia y la idea liberal como una antinomia irreductible.

Pensando en estos términos es que podemos identificar una importante zona gris, con mucho por explorar, conformada por aquello que comprende el desarrollo que tuvo la eugenesia después del Holocausto. Que en la Argentina haya funcionado entre 1956 y 1980 una Facultad de eugenesia que otorgaba títulos reconocidos por el Estado nacional parece decirnos mucho sobre una etapa de la que hay aún mucho por indagar (Vallejo y Miranda, 2017). Los vínculos entre esta Facultad y un líder de la eugenesia de los Estados Unidos como fue Paul Popenoe, abren también más interrogantes que conllevan a utilizar con recaudos las oposiciones entre la eugenesia de uno y otro país (Miranda y Bocchicchio, 2022) para pensar en la viscosidad y la maleabilidad antes que en la antinomias irreductibles.

Con lo cual, aun si al hablar de eugenesia en este siglo no se esté refiriendo exactamente a lo mismo que expresaban los eugenistas del siglo pasado, ni si puede considerarse que la aplicación de sus ideas tal como las pensaron redundó en un éxito o fracaso (Palma, 2012, p. 286), existen, igualmente, demasiadas cosas por explorar acerca de las continuidades comprobables que siguieron experimentándose. Y ahí sí es posible advertir que en esa confrontación lógica planteada entre eugenesia y liberalismo existió una suerte de mecanismo de ocultamiento de una parte de la historia de ambos: de la eugenesia y del liberalismo.

Para ser más claro, y tomando a una de las formas asumidas por la eugenesia como fueron las esterilizaciones compulsivas, cabe señalar que después de haberse iniciado en el Estado de Indiana, ellas se extendieron muy rápidamente a la mayor parte de las jurisdicciones de los Estados Unidos, antes que la Alemania del Tercer Reich tomara ese ejemplo para replicarlo con inusitada crueldad. Pero a diferencia del caso alemán, las esterilizaciones en los Estados Unidos nunca se interrumpieron, cuanto menos, hasta fines de la década de 1970. ¿Cómo considerar esa parte de la eugenesia que después de la Segunda Guerra Mundial no se desarrolló bajo un régimen totalitario? Luego de ello, una muy extensa lista comprende ejemplos que se suceden tras el tardío final de las prácticas eugénicas de coerción explícita en los Estados Unidos (Murillo, 2022). Entre esos casos se encuentran las esterilizaciones compulsivas que entre 1990 y 1999 el gobierno de Fujimori, con el asesoramiento de agencias estadounidenses, llevó a cabo sobre más de 300.000 mujeres indígenas. Retomando la pregunta formulada más arriba valdría la pena pensar si ¿no representaría esto una continuidad de la eugenesia que se explica por haber actuado mucho más con el liberalismo y no contra él?

La eugenesia repensada desde Cortázar

Una lectura atenta a la descripción que hizo Cortázar de la eugenesia nos permite advertir que allí quedaban disueltas las categorías con las que usualmente ella fue caracterizada. Por empezar, no hay una estrategia estatal como la montada por regímenes totalitarios y en la que a menudo creyó verse un rasgo característico. Existe, en cambio, una relación entre privados que llegan a la eugenesia expresando su propia voluntad. Pareciera más bien tratarse, entonces, de lo que se describe como una gran novedad en el último cambio de siglo tras la calificación de “eugenesia liberal”, sólo que Cortázar estaba hablando de ella 1962. Pero, además, esas decisiones privadas no impiden reconocer que existe, tras su apelación, una supremacía grupal en disputa, algo que niegan tajantemente que pudiera existir en algún grado quienes sostienen que en la “eugenesia liberal” sólo están involucradas las decisiones privadas sin ninguna connotación colectiva (Romeo Casabona, 1999, pp. 10-11). Y para complicar más aun las categorías establecidas, Cortázar nos alecciona de algo muy importante que puede suceder en la eugenesia: los cambios esperados para acrecentar la supremacía de un grupo incluyen de una manera importante a la incidencia del entorno. Con lo cual expone una situación que no ha sido suficientemente considerada y tiene que ver con el hecho de que el supremacismo inmanente de la eugenesia no pertenece sólo a la categoría de la eugenesia dura, mendeliana, esterilizadora, anglosajona, etc. Cortázar así nos está hablando de una forma de incidir en la configuración de la población deseada a través de los cambios operados por el ambiente. Es más, sitúa allí y muy provocativamente, a la principal clave transformadora, más allá de lo que piensan los cronopios y los famas, como quizás también sucede con los que adhieren al uso de divisiones categoriales tajantes al analizar la eugenesia.

Desde allí podemos también pensar en otras derivaciones de la eugenesia, desligándonos del corsé que deviene de entenderla como positiva, buena / negativa, mala, para asumir, en cambio que a toda eugenesia le es inherente el ejercicio de la coerción, la cual en su viscosidad puede asumir una forma explícita o disimulada (Miranda, 2011, pp. 35-37). Y en tal caso, no habría sido un rasgo ético sino de tipo instrumental la manera de ser llevada a cabo en sus distintas aplicaciones, por lo que las prácticas implementadas no siempre han indicado, *per se*, el grado de vulneración a los derechos humanos que pueda ser allí identificado. Vale decir, no es siempre sinónimo de algo beneficioso o positivo que la eugenesia asuma rasgos ambientales.

Y para ser más claros aún, podemos pensar en dos experiencias históricas unidas por la apelación a una misma teoría eugénica de corte ambiental: la España de Franco y la dictadura militar argentina iniciada en 1976. El fundamento eugénico de las prácticas llevadas a cabo en uno y otro caso, remite a la teoría de Antonio Vallejo Nájera, quien una vez finalizada la Guerra Civil española analizó a los republicanos detenidos para detectar en ellos “la enfermedad psíquica del marxismo” y la “categoría antropológica” que la explicaba, “una desviación negativa del tipo normal del ser humano”. Aquello que identificó como el “gen rojo” era una forma de degeneración de la raza ocasionada por “las costumbres y

las ideologías las que carcomen, corroen, corrompen y degeneran el biotipo” (Vallejo y Miranda, 2012, p. 121). De modo que, si el mal lo traía el ambiente, podía prevenirse de su contagio a los hijos de quienes la padecían, apartándolos a tiempo y sumergiéndolos en una atmósfera “sobresaturada de moralidad” y a “gran tensión ética, con el objeto de que sus emanaciones se incrustaran en el fenotipo y se transformaran en fuerzas instintivas susceptibles de transmitirse hereditariamente” (Vallejo y Miranda, 2012, p. 121).

La performatividad de esa teoría se evidenció en una Orden del Ministerio de Justicia que estableció el plazo para que las reclusas republicanas amamantaran a sus hijos en la prisión, luego del cual los niños serían entregados en adopción con el fin de “combatir la propensión degenerativa de los muchachos nacidos en ambientes republicanos”. Esa Orden se complementó con una Ley que en 1941 permitió cambiar de nombre a los niños cuyos padres no pudieran localizarse o permanecieran en prisión sin poder cuidarlos. Así se terminaba de legalizar el traspaso de bebés a familias afectas al franquismo (Vinyes Armengou y Belis, 2002, p. 64). Sobre la base de esta teoría y su aplicación práctica, casi cuatro décadas más tarde la dictadura militar argentina iniciaba un plan sistemático de sustracción de bebés para corregir ambientalmente los desvíos genéticos de los hijos de “subversivos”. No serían cronopios los destinatarios de niños nacidos en cautiverio sino que, inversamente al lugar ocupado en la sociedad por ese grupo, pasaban a serlo familias que garantizaran el acatamiento general del orden y las normas instituidas. Pero el relato de Cortázar también nos ayuda a pensar en los intersticios, en los lugares por donde aquellas certezas se resquebrajaban, y permitían que los hijos pudieran ver en sus adoptantes el “cúmulo de desdichas” que luego serías tuyas, algo que se tradujo en la experiencia de vida de quienes, en la Argentina, tras haber recobrado su verdadera identidad, llevaban a la cárcel con sus denuncias a quienes descubrían que no habían sido sus padres sino sus apropiadores.

Así, la tragedia se envolvía de esta rara pátina ambiental, haciendo de una forma disimulada de coerción el fundamento de una estrategia eugénica dirigida a combatir el “gen rojo”. Nada tenía de positiva esta instrumentación para la que no hicieron falta esterilizaciones a fin de obtener una nueva generación de individuos adaptados a los requerimientos sociales. En el ambiente estaba la clave para asegurar la supremacía de un grupo sobre su antagonista, y en el caso de la dictadura, de hacerlo interviniendo sobre la natural reproducción biológica de los “subversivos” para revertir radicalmente sus resultados.

Finalmente cabe preguntarse si ¿realmente podemos estar seguros de pertenecer a una sociedad que dejó completamente atrás ideas como las de combatir el gen rojo o evitar la reproducción de los pobres? Mientras todavía sigamos conservando alguna duda al respecto, y la meritocracia asuma modulaciones similares a las expresadas en *The Bell Curve*, convendría ser cautos y dejar abierta la posibilidad de indagar si tal vez en la eugenesia, y en sus “mutaciones epistémicas”, siguen existiendo claves importantes para pensar desde la ciencia la continuidad hasta hoy de sus más peligrosas imbricaciones políticas.

Referencias bibliográficas

- Armus, D. (2016). Eugenesia en Buenos Aires: discursos, prácticas, historiografía. *História, Ciências, Saúde – Manguinhos*, 23(1), 149-169. <https://doi.org/10.1590/S0104-59702016000500009>
- Bashford, A. y Levine, P. (2010). *The Oxford Handbook of the History of Eugenics*. Oxford: Oxford University Press.
- Cortázar, J. (1977). Entrevista en Radio y Televisión Española, 20/03/1977. <https://www.rtve.es/play/videos/a-fondo/julio-cortazar/1051583/>
- Cortázar, J. (2008). Eugenesia. *Cuentos completos* (Tomo 2). Buenos Aires: Punto de lectura.
- Galton, F. (1988). *Herencia y eugenesia*. Madrid: Alianza Universidad. [Traducción, introducción y notas de R. Álvarez Peláez]
- Girón, Á. (2010). Piotr Kropotkin contra la eugenesia: siete intensos minutos. En G. Vallejo y M. Miranda (Dirs.), *Derivas de Darwin. Cultura y política en clave biológica* (pp. 119-142). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gould, S. (2004). *La falsa medida del hombre*. Barcelona: Crítica. [1º reedición ampliada 1994]
- Habermas, J. (2002). *El futuro de la naturaleza humana. ¿Hacia una eugenesia liberal?* Barcelona: Paidós. [1º edición 2001]
- Herrnstein, R. y Murray, Ch. (1994). *The Bell Curve. Intelligence and Class Structure in American Life*. New York: The Free Press.
- Jiménez Lucena, I. (2021). ¿Por qué llamarlo eugenesia si es neomaltusianismo? La zona de tensión dialógica para el análisis de las biopolíticas. En *VI Workshop sobre darwinismo social y eugenesia*, La Plata.
- Lombardo, P. (2008). *Three Generations No Imbeciles: Eugenics, the Supreme Court, and Buck v. Bell*. Baltimore: The John Hopkins University Press.
- Miranda, M. (2009). Bartolomé Bosio. Un heterodoxo en el campo eugénico argentino del período de entreguerras. En *XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia*, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche. <https://cdsa.academica.org/000-008/86>
- Miranda, M. (2011). *Controlar lo incontrolable. Una historia de la sexualidad*. Buenos Aires: Biblos.
- Miranda, M. (2013). La tardo-eugenesia en Argentina: un enfoque desde la *longue durée*. *Arbor*, 189(764). <https://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/view/1890/2086>
- Miranda, M. y Bocchicchio, A. (2022). Sobre consejos y decálogos: homologías discursivas entre la eugenesia prematrimonial argentina y la estadounidense. *Revista de Indias*, 82(285).

- Murillo, S. (2022). Notas sobre darwinismo y eugenesia en el proyecto neoliberal. En G. Vallejo, M. Miranda, A. Álvarez, A. Carbonetti y M. Di Liscia (Eds.). *La historia de la salud y la enfermedad interpelada: Latinoamérica y España (siglos XIX y XXI)* (pp. 177-204). Lanús: UNLa.
- Palma, H. (2012). Tensiones biopolíticas en el movimiento eugenésico de la primera mitad del siglo XX. Algunas categorías para pensar la biopolítica. *Espacios, nueva serie*, 7, 271-288.
- Reggiani, A. (2019). *La eugenesia en América Latina*. México: El Colegio de México.
- Romeo Casabona, C. (1999). Las prácticas eugénicas: nuevas perspectivas. En C. Romeo Casabona (Ed.), *La eugenesia hoy* (pp. 3-28). Granada: Comares.
- Stepan, N. (1991). *The Hour of eugenics. Race, Gender, and Nation in Latin America*. Ithaca: Cornell University Press.
- Stern, A. (2010). Eugenics, Gender and Sexuality: A Global Tour and Compass. En A. Bashford y P. Levine, *The Oxford Handbook of the History of Eugenics* (pp. 173-191). Oxford: Oxford University Press.
- Turda, M. y Gillette, A. (2014). *Latin Eugenics in Comparative Perspective*. London-New York: Bloomsbury.
- Vallejo, G. (2021). *José Gabriel y la crítica de la cultura*. Buenos Aires: Prometeo.
- Vallejo, G. (2022). Un humanismo del control social. La utopía de la eugenesia. *El Banquete de los dioses*, 10, 238-268.
- Vallejo, G. y Miranda M. (2017). Enseñando a custodiar el "buen nacer". Los estudios universitarios de Eugenesia en Argentina (1942-1980). *Varia Historia*, 33(61).
- Vallejo, G. y Miranda, M. (2012). Eugenesia, genética y derechos humanos en la Argentina del siglo XX. En V. Penchaszadeh (Comp.), *Genética y derechos humanos. Encuentros y desencuentros* (pp. 107-138). Buenos Aires: Paidós.
- Vallejo, G. y Miranda, M. (2014). Dirigir el azar: Iglesia Católica, evolucionismo y eugenesia en Argentina. En M. Puig Samper, F. Orrego, R. Ruiz y A. Uribe (Eds.), *Yammerschuner. Darwin y la Darwinización en Europa y América Latina* (pp. 244-325). Madrid: Doce Calles.
- Vinyes, R., Armengou, M. y Belis, R. (2002). *Los niños perdidos del franquismo*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Zimmermann, E. (1995). *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*. Buenos Aires: Sudamericana.